

V

SUELDOS Á EMPLEADOS PÚBLICOS.

Derivase la voz *sueldo*, de la latina *solidum*, y significa la cantidad fija y determinada con que se retribuyen los servicios de los empleados públicos. Hubo un tiempo en que los sueldos de los servidores del Estado se consideraban como gastos innecesarios, porque sus servicios se tenían por improductivos.

El célebre economista Adam Smith, y otros que siguieron su doctrina, dieron el nombre de riqueza sólo á lo que tiene un valor permutable, capaz de conservarse, creyendo que no había razón para darlo igualmente á los productos cuyo consumo se verifica en el instante mismo de su creación. Para ellos los servicios de un médico, de un abogado, de un juez ó de un gobernador, eran servicios improductivos. El Conde de Verri sostenía en sus *Meditazioni sulla economia politica*, que las dignidades de los príncipes y los empleos de los magistrados, militares, sacerdotes, etc., no podían ser objeto de esta ciencia. Pero J. B. Say, que floreció en la época posterior á la de dichos escritores, demostró hasta la evidencia, que era un error tener por improductivos los servicios de los empleados públicos, así como los de los que se consagran á otras varias profesiones. Después de dar á conocer perfectamente lo que debe entenderse por capital improductivo, explica de un modo tan sencillo como eficaz lo que son los productos que llama inmateriales. "Va un médico—dice—á visitar á un enfermo, observa los síntomas del mal, ordena varios remedios y se marcha en seguida, sin dejar ningún producto que el enfermo ó su familia puedan transmitir á otras personas, ni aun conservarle para consumirle en otro tiempo. ¿Fué improductiva la industria del médico? Nadie lo creerá. El enfermo recobró la salud. ¿Diremos que esta producción no podía ser materia de un cambio? De ningún modo, pues el consejo del médico se cambió por su propina; pero la necesidad de este dictamen cesó en el momento en que se hubo dado; su producción consistía en decirle; su consumo en entenderle, y se consumió al mismo tiempo que se produjo. Esto es lo que se llama

producto inmaterial. Demostrado que la profesión del médico no es de las que pueden llamarse, con razón, productivas, fácil es conocer que tampoco lo son los servicios de los empleados públicos. ¿Acaso no es útil á la sociedad el trabajo de los que se ocupan, por ejemplo, en administrar justicia? ¿No es un bien, de muy alto precio, el que se castigue á un malhechor? ¿No lo es del mismo modo, el que se decida por la sentencia imparcial del magistrado, quién es el que legítimamente debe disfrutar una cosa cuando dos personas aspiran á su posesión, creyéndose con derecho á ella? ¿No estriba en esto el orden social; no depende, en gran parte, de la recta aplicación de las leyes, la seguridad de los bienes y de las personas? Pues siendo todo esto innegable, como lo es, y habiendo las mismas ó semejantes razones en favor de los que en otra clase de destinos sirven al Estado, es evidente que producen, aunque sus productos sean inmateriales; y no lo es menos que los sueldos con que son recompensados no merecen llamarse gastos improductivos.

Los más severos economistas creen que los sueldos son un gasto necesario, un gasto sin el cual ninguna nación podría tener, en los tiempos presentes, los servidores que necesita: lo que importa es que haya una justa proporción entre la importancia del servicio que presta el empleado y la recompensa que se le designa. Si hay sueldos que deban calificarse de gastos improductivos, son únicamente los de los empleados que para nada se necesitan, y los de aquellos que por su ineptitud no desempeñan bien sus respectivos cargos.

"Los servicios que éstos hacen—dice Say—son caros ó baratos, no sólo á proporción de lo que se les paga, sino también según el desempeño de sus funciones: un servicio mal hecho es caro, aunque cueste poco; y la misma calificación merece si no es necesario."

Es de tener en cuenta, además, el gasto que cada empleado tiene que hacer para mantener el decoro ó representación que se supone propia de su destino. Un pueblo que sabe respetar la autoridad, aunque la vea ejercer sin pompa ni magnificencia, puede ser gobernado á poca costa; pero no sucede así donde es necesario el fausto y la suntuosidad para conseguir la obediencia, pues lo que con este objeto han de gastar los gobernantes, necesariamente se ha de pagar por los gobernados.

En funesto error han caído los que pretenden que es economía recompensar escasamente á los hombres que se dedican al servicio

del Estado. No diremos que por ser esta opinión errónea, convenga adoptar otra absolutamente contraria; entre la mezquindad y la prodigalidad hay un término medio que señala la razón y en el cual está el acierto. Será imposible, ó poco menos, que en los tiempos presentes esté una nación servida por hombres de mérito, recompensados mezquinamente; y ni aun confianza podrá tenerse en la probidad de los empleados, porque las tentaciones de la necesidad son muy poderosas.

Como el deseo de la superioridad y del mando es común á todos los hombres; como para algunos el ejercicio del poder público y los honores que acompañan comunmente á los altos destinos, son mayor estímulo que cualquier sueldo, por grande que sea, pudiera creerse conveniente hacer gratuitos ciertos empleos que llevan consigo esta especie de recompensa moral, y hasta podrían citarse en apoyo de esto muchos ejemplos históricos. En Roma, en Atenas y en otros pueblos de la antigüedad, sin pagar sueldo, se encontraron muchos hombres de gran saber y virtud, que se consagraron al servicio de su patria. Mas no hay que confundir unos tiempos con otros, ni unas naciones con otras. Hoy sería muy difícil encontrar Régulos. Para que fuesen gratuitos los altos destinos, sería necesario darlos á los más ricos ciudadanos; pero como la capacidad no acompaña siempre á la riqueza, se vería con frecuencia que los negocios públicos estarían mal dirigidos por haberse encomendado á los hombres más incapaces para dirigirlos.

“El tener muchos bienes—dice el citado Say—no basta para preservar á un empleado de la venalidad, porque las grandes necesidades son de ordinario las compañeras de las grandes riquezas. Además, aun suponiendo que se puedan encontrar juntas la riqueza, la integridad, el amor al trabajo y la capacidad necesaria para desempeñar bien un destino, ¿para qué aumentar el ascendiente, no pequeño, de los hombres ricos con el que da la autoridad? ¿Qué cuentas se atreverá uno á pedir á un hombre que puede presentarse, ya sea al Gobierno, ya al pueblo, haciendo alardes de generosidad?”

De aquí, y de todo lo que llevamos dicho, se desprende que los sueldos son indispensables para toda administración moralizada y progresista.

VI

PAUPERISMO.

Visitad Nueva York, París, Londres, Chicago, algunas de esas grandes ciudades en donde el *becerro de oro* brama horriblemente. Visitad sus bancos, sus casas bursátiles, sus fábricas, su comercio; detenéos en los centros principales; observad esa multitud de hombres que caminan precipitadamente en todas direcciones, aquilantando los minutos, sin reparar en nada de cuanto hay á su lado, exasperándose ante el más leve obstáculo que hallan en su marcha. ¿A dónde van? ¿Qué felicidad es esa que se les escapa, que se evapora, hacia la cual se tienden otros miles de brazos para arrebatársela, para robársela á quien tarde un minuto más? A los negocios, al oro.

El tanto por ciento que busca el capital, el agiotaje, el alcoholismo y la indiferencia que va apoderándose de la sociedad, son causa de que el pauperismo aumente y de que en esos grandes centros de que hemos hablado, la caridad oficial y la privada tengan que subvenir á las necesidades de multitud de enfermos, ancianos, viudas, huérfanos y lisiados.

Veamos qué cosa es pauperismo y cómo nació en la antigüedad, cómo fué considerado al principio, qué modificaciones tuvo desde la venida de Jesucristo y cómo lo considera hoy la filosofía moderna.

Las causas del pauperismo, su aumento ó disminución, los remedios que pueden aplicársele y los deberes de los gobiernos respecto á las clases indigentes, son materia que ocupa hoy la atención de los hombres consagrados al estudio de las necesidades sociales, y de que han tratado ya algunos escritores célebres. La distinción entre pobres y ricos es muy antigua; pero la voz *pauperismo* no ha venido á enriquecer el vocabulario de la ciencia política sino en los tiempos modernos, de lo cual ha sido causa tal vez el no haber sido tan grande el número de los indigentes en las naciones antiguas, por haber considerado la pobreza individual no colectivamente, ni en sus relaciones con la sociedad. Como quiera que sea, esta voz, que no ha sido tomada del griego ni del latín, ni de

otra lengua antigua, ni se encuentra en algunos diccionarios de la nuestra, se usa generalmente para designar el conjunto de los pobres de una nación, la clase más menesterosa, la que sufre más privaciones, la que pádece más y tiene mayor necesidad y tanto derecho como los otros á la protección de los Gobiernos.

El pauperismo, según la opinión de algunos escritores, es un mal que puede tener alivio, pero no curarse radicalmente; en apoyo de lo cual citan, entre otras razones, aquellas palabras de Jesucristo que se encuentran en el Evangelio de San Mateo: *Nam semper paupere aberiti vobiscum*. Siempre habrá pobres entre vosotros.

Con la autoridad de la historia nadie podrá demostrar que en las antiguas naciones no hubo pobres ni ricos, sino lo contrario. En Esparta, donde los ciudadanos todos estaban sujetos á un régimen de vida uniforme, donde el lujo era desconocido y las tierras estaban divididas en porciones iguales, los ciudadanos eran sin duda ricos, comparados con los infelices ilotas que formaban parte de aquel pueblo, tan singularmente constituido. Pobres eran ya los plebeyos romanos que, acosados por la dureza de sus acreedores los patricios, dejaron la ciudad y fueron á reunirse una vez en el Monte Sagrado y otra en el *Aventino*.

Pobres eran también los habitantes de la parte montañosa del Ática, y su pobreza contribuyó no poco á las revueltas y disensiones políticas de Atenas en tiempo de Pisistrato.

Roma, en la época en que sus armas la habían hecho señora de la mayor parte del mundo entonces conocido, encerraba dentro de sus murallas un gran número de indigentes á cuya manutención atendía el Estado con el fruto de las contribuciones que imponía á los pueblos sometidos ó conquistados.

En los últimos tiempos de la República se había aumentado prodigiosamente el número de los ciudadanos que recibían trigo pagado del tesoro público; en tiempo de Julio César, ascendía á 320,000 y quedó reducido á 150,000 por este famoso dictador, sin duda porque entre los que participaban de estas distribuciones había muchos que no tenían necesidad de ellas.

Este mal fué indudablemente mucho mayor en tiempo de los Emperadores, y su aumento fué, según el decir de algunos escritores, una de las causas que más influyeron en la ruina del imperio.

Después de la venida de Jesucristo al mundo, hubo una variación muy notable en cuanto á la manera de considerar el pauperismo. Antes habían enseñado algunos filósofos que el rico no había de ser indiferente á la suerte del pobre, y que estaba obligado á socorrerle; pero la filosofía humana nunca fué bastante para separar de la pobreza el epíteto de *probrose* con que generalmente le calificaban los gentiles.

Lo que el rico daba al pobre era una dádiva, una largueza, según las máximas de la filosofía gentilica; pero, según el cristianismo, vino á ser una limosna, es decir, la muestra de una tierna compasión en que no se mezclaba la idea de superioridad del que hacía el beneficio, respecto de aquel que lo recibía, porque el socorrer al indigente era pagar una deuda, según una religión que mandaba á los hombres que se amasen como hermanos; la limosna hecha como lo prescribe el Evangelio, es decir, "ignorando la mano izquierda lo que da la derecha," separó para siempre del beneficio, lo que antes pudo haber en él de humillante para el pobre. De aquí nació el que la pobreza fuese no poco honrada en los primeros siglos de la Iglesia, en vez de ser como antes, tenida en menosprecio.

Los mendigos eran llamados "miembros de Jesucristo;" San Francisco tomó el nombre de "pobre cristianísimo," y San Ignacio se titulaba *pobre de los pobres*, sobrenombre que con el de *siervo de los siervos*, pasó después á algunos vicarios de Jesucristo. Varios institutos religiosos se llamaron también "pobres," porque sus individuos estaban obligados á hacer voto de pobreza y algunos se obligaban á vivir de limosna, llamándose por esta razón *religiosos mendicantes*.

La ciencia económica no admite el pauperismo, porque para destruirlo ha hallado un medio: el trabajo; si éste escasea en las fábricas y en los talleres, entonces el Gobierno y los Ayuntamientos deben emprender obras de utilidad pública en las que puedan emplearse los brazos ociosos: esto se llama dar pan al pueblo.

La historia de la Edad Media nos enseña, que el pauperismo, en la forma de la mendicidad, hizo estremecer más de una vez á las naciones, así por su número como por su osadía. Tenían entonces los mendigos una especie de organización civil, y favorecidos por la piedad y alentados por el desorden, ó más bien, por la falta de administración, vivían holgadamente, sin trabajar ni poseer ninguna clase de bienes. Llegó un tiempo en que los Poderes

Públicos comprendieron el mal, y tuvieron los medios de reprimir á los mendigos en las ciudades; pero entonces se refugiaron en los campos, y luego, tomando el nombre de la modesta indigencia, se acogieron á las puertas de los conventos y á los cepos de las iglesias. Han dicho algunos estritores, que el Clero alentó la mendicidad con sus limosnas, particularmente en Francia y en Italia; mas aunque esto sea cierto, no lo tendremos por motivo bastante para reprobar la beneficencia, virtud santa y recomendable en todos tiempos, y muy propia de los verdaderos sacerdotes de Jesucristo.

Obsérvase en estos últimos tiempos, que el pauperismo, aunque por lo general se presenta con formas menos asquerosas, no es por cierto menos terrible; el mal tiene otras apariencias, pero en realidad no ha dejado de ser el mismo; y tanto en las calles como en las plazas, en los pueblos rurales como en las cárceles y hospicios, puede considerarse como una acusación incesante contra la organización social, ó como la señal inequívoca de una dolencia que va agravándose demasiado en algunas de las naciones modernas.

La historia, destinada en lo general á dar á conocer la vida política, y no la vida privada ó social de las naciones, ofrece muy pocos datos para juzgar del pauperismo de los pueblos antiguos; pero lo que más importa, no es conocerlo históricamente, sino descubrir cuáles son sus verdaderas causas en nuestros tiempos; porque sólo así se podrá saber cómo puede aliviarse esta dolencia social, ya que la humanidad no puede librarse de ella enteramente. Es opinión general de los economistas, que la desigualdad de condiciones, desigualdad que califican de necesaria é inevitable y que produce la desigual distribución de la riqueza, es una de las principales causas del pauperismo. Está demostrado que la riqueza de una nación puede aumentarse sin que participen de este aumento todas las clases que la componen, sin disminuirse en ella el número de indigentes. En Inglaterra, sin embargo de ser una de las naciones más ricas de Europa, es el pauperismo más numeroso quizá que en todas, y cada día parece más alarmante. Las ciudades más opulentas de la Gran Bretaña, son las que encierran mayor número de hombres condenados á la miseria. En Francia, los departamentos que dan al Estado mayor suma de contribuciones, por ser los más ricos, son también los que reúnen gran número de indigentes, y aquellos cuya riqueza es menor, son, por el con-

trario, los que encierran el menor número de pobres. En Suiza, nación cuya industria es muy variada, y que, sin embargo, no se tiene por rica porque no produce mucho, apenas se encuentran pobres. En Rusia, á pesar del atraso de su industria y comercio, casi no es conocido el pauperismo. En Suecia, aunque está vecina al Polo, no son afligidos los hombres por los rigores del hambre.

Ciertamente que no es la cantidad de la riqueza de un país, sino la distribución de ella, lo que produce el bienestar de sus habitantes. Cuanto mayor es la parte de los ricos, tanto menos queda para los pobres; y el número de éstos, así como los grados de su pobreza, no podrían menos de aumentarse en la misma proporción.

“No se envanezca, dice un escritor, el país cuyas circunstancias favorables han acumulado en él inmensos tesoros. Ante todo, pregúntese cómo se hallan distribuidas estas brillantes conquistas entre las diversas clases de los que habitan su territorio. No se aflija la nación á quien la fortuna le haya negado este extraordinario favor, si ha tenido sabiduría bastante para ofrecer un banquete más frugal, pero común á todos sus habitantes.”

Pero es digno de notarse que la desigualdad de condiciones, si por un lado es causa de la pobreza é indigencia, por otro favorece de algún modo la condición de las clases inferiores.

Sabido es que el trabajo no prospera ni fructifica sino con auxilio de los capitales, y éstos rara vez llegarían á ser muy grandes si no hubiera desigualdad en la distribución de las riquezas. Sin los grandes capitales no podrían acometerse ni llevarse á cabo grandes empresas industriales cuyo efecto es economizar los gastos en la fabricación, aumentar los productos, acelerar y simplificar las operaciones, siendo esto de no poca utilidad para las clases pobres, pues á la par que aseguran su jornal, obtienen á menos precio su vestido y alojamiento, con lo cual aumentan las comodidades de la vida.

Cuéntase también por los economistas, entre las causas generales del pauperismo, el gran desarrollo que ha tenido en Europa la civilización industrial, las vicisitudes y variaciones á que la industria se halla expuesta, y la falta de proporción entre la producción agrícola y el aumento de la población.

De la pobreza son causa también las enfermedades, los casos fortuitos, la ignorancia, la corrupción y los vicios.

Algunos economistas, habiendo observado que las limosnas, en